

en hombros á su lecho; pero el enemigo había sido rechazado.

Aquel triunfo dió algún respiro al joven soldado quien pudo entonces cuidar de su salud con alguna calma, tanto más cuanto que en aquella época llegaron á Tehuantepec los médicos americanos de la Compañía encargada del camino carretero del Istmo. Aquellos hábiles cirujanos extrajeron al Señor Díaz el proyectil que por tanto tiempo había permanecido en su herida, y que no dejaba que ésta se cicatrizara.

Al recobrar su vigor pudo emprender una enérgica campaña contra los reaccionarios que volvían á presentarse más poderosos, alentados por los triunfos que alcanzaban en varios puntos de la República.

Turnaron los patricios á acercarse en gran número á Tehuantepec, y Porfirio, que casi nunca pudo permanecer inerte á la defensiva, se preparó á salir á combatirlos. En efecto, marchó violentamente sobre los reaccionarios y dándoles alcance á una legua de la ciudad, en un lugar llamado «La Mantequilla,» después de un combate reñidísimo los derrotó tan completamente que los patricios se retiraron hasta Pochutla, ocupada por Manzano el reaccionario, quedando en paz todo el distrito de Tehuantepec. En esta función de armas, murió el Teniente Coronel Espinosa.

Esta campaña mereció á Porfirio el ascenso á Teniente Coronel de Guardia Nacional.

El Señor Juárez había conseguido al fin establecer en Veracruz el centro del gran movimiento social que se consumaba en la República, y que se llamó la guerra de Reforma. Al Gobierno interino constitucional ocurrían los Jefes de las fuerzas republicanas reconociendo la autoridad de aquel, obedeciendo sus órdenes y pidiéndole recursos en armas y en dinero.

De los Estados Unidos se enviaron á Tehuantepec siete mil fusiles, parque, pólvora, plomo, corraje y vestuario, confiando todo al Señor Díaz, para que éste lo remitiera á Acapulco, á fin de que sirviera para las fuerzas que los republicanos organizaban en Guerrero, Michoacán, Jalisco y México, para que lo hiciera llegar á su destino.

Pero en aquellos momentos los constitucionalistas sufrían en el Estado de Oaxaca un desastre que tuvo fatales consecuencias para la revolución. En la capital de dicha entidad federativa había organizado el General Iniestra una brigada de más de tres mil hombres, que salió con aquel Jefe al encuentro de los reaccionarios que marchaban sobre la ciudad.

Relevado del mando el General Iniestra por el General Ignacio Mejía, sufrió éste una completa derrota en Teotitlán del Camino, dispersándose toda la fuerza y quedando en poder del enemigo el parque, el armamento y la artillería.

El Gobierno constitucional del Estado tuvo que

abandonar la capital de Oaxaca, retirándose á Ixtlán con doscientos hombres, resto de las fuerzas que había creado Porfirio Díaz. Cobos ocupó entonces á Oaxaca, y sucesivamente todo el Estado, menos Ixtlán, Juchitán, Tehuantepec, Villa Alta y Chapam.

Y sabedor el célebre guerrillero reaccionario del convoy de guerra que existía depositando en Tehuantepec, organizó violentamente una expedición de más de ochocientos hombres de las tres armas. En ella iba un batallón de patricios y los mejores guerrilleros del rumbo, como Ojeda, Manzano y Trujequé.

Cobos tenía una confianza absoluta en el éxito de aquella empresa, porque sabía que el Teniente Coronel Díaz solo contaba con una pequeña fuerza, hostilizada por toda la población del Distrito que pertenecía resueltamente al bando reaccionario.

Porfirio Díaz entre tanto ignoraba lo ocurrido en la capital del Estado, por la distancia é incomunicación en que se encontraba con aquella ciudad. Pero el Ministro de la Guerra le comunicó desde Veracruz la derrota de Teotitlán y la pérdida de Oaxaca, previniéndole que destruyese el armamento y los pertrechos de guerra que le había enviado, quemándolos ó arrojándolos al mar, y que se retirase con su fuerza para Veracruz, á cuyo efecto ponía á su disposición el vapor Xúchil, en el lugar de ese nombre en el río Coatzacoalcos.

Pero Díaz no se desanimaba ante la derrota, y lleno de fe en su causa, contestó al Ministro Ocampo que no se resolvía á privar á las tropas de la República de tan importantes como valiosos elementos, y que por tanto estaba resuelto á conservarlos afrontando ya la responsabilidad en caso de una desgracia, y el juicio favorable de su Gobierno si lograba salvarlos.

Y esta decisión la tomó el Sr. Díaz cuando sabía que iba Ojeda á batirlo y se encontraba rodeado de todo el vecindario de Tehuantepec, que ayudaría á los reaccionarios, porque entre ellos venían sus parientes y amigos.

Aprovechando las simpatías que se conquistó en Juchitán y el odio que siempre había reinado entre ambos pueblos, apeló á los juchitecos para que le ayudaran á salvar tan importante depósito. Entregó todo á aquellos buenos patriotas, sacó el armamento, el parque, el vestuario y el equipo con 200 carretas, y evacuó la ciudad en un orden perfecto, acampando á siete leguas de Tehuantepec, enviando el convoy más lejos.

Los reaccionarios ocuparon la ciudad, y tanto éstos como Díaz, procuraban aumentar sus fuerzas antes de emprender una campaña.

Porfirio fué quien primero tomó la iniciativa después de haber dado personalmente instrucción á sus reclutas, y cuando los creyó suficientes para el com-



GRAL. PORFIRIO DIAZ.

bate, emprendió en las primeras horas del 24 de Noviembre de 1859 su marcha sobre Tehuantepec por veredas que solo de él eran conocidas, y que descubrió en sus anteriores campañas contra los *patriotas*: al llegar á la ciudad sorprendió una avanzada del enemigo tan completamente que ésta no pudo dar la voz de alarma ni disparar un solo tiro.

Se informó con los prisioneros de las posiciones que ocupaba en la ciudad el enemigo, y á la primera luz del alba, al toque de diana, lanzó sobre los puntos donde había fuerza reaccionaria pequeñas columnas, mientras él asaltó el cuartel, hasta posesionarse del edificio.

Ya establecido sólidamente en éste con alguna fuerza, acudió á socorrer la del Cerro de la Cueva, que en columna de ataque fué rechazada, ocupando al fin la Prefectura, y haciendo prisionera la fuerza de infantería.

La caballería reaccionaria, en tanto, se precipitaba por las calles cargando sobre los republicanos. Porfirio, que solo tenía infantería, tuvo que rechazar las cargas formando apresuradamente cuadros, y esto con soldados bisoños y que por primera vez entraban al fuego. Al fin la caballería abandonó la población y el Jefe republicano no pudo perseguirla más que en un espacio de dos leguas.

A las diez de la mañana Porfirio Díaz entró victorioso á Tehuantepec, vivamente aclamado por sus soldados: ya entonces pudo dar parte al Gobierno Constitucional de la victoria que el día 25 de Noviembre de 1859 había alcanzado, derrotando con 300 hombres la brigada de los reaccionarios, ocupando la ciudad de Tehuantepec, y salvando el valioso depósito de la guerra que se le había confiado.

El Gobierno del Estado, con la misma fecha del triunfo de Díaz, expidió á éste el despacho de Coronel de Guardia Nacional.

Fatigado y hecho pedazos el Jefe reaccionario Trujeque después de la ocupación de Tehuantepec por los republicanos, se retiró para Oaxaca con los restos de su brigada para unirse con Cobos.

Pero el vencedor no había quedado menos destrozado. Las dos Compañías de Guardia Nacional que se habían puesto á sus órdenes cuando marchó á Tehuantepec, y que constaban de *ciento cincuenta* hombres, habían quedado reducidas á ochenta. Porfirio Díaz organizó rápidamente un Batallón de quinientos hombres, de los cuales unos eran voluntarios de Juchitán y otros reemplazos de Chiapas que había facilitado el Gobierno del Estado.

Con esta fuerza salió el Coronel Díaz en combinación con las del Gobierno de Oaxaca que continuaba reclutando tropas en Ixtlán. Se trataba de atacar á Cobos que había salido de la capital del Estado

con una gruesa columna sobre las fuerzas republicanas que mandaba el Gobernador José María Díaz Ordaz.

A poco de haber salido Porfirio Díaz de Tehuantepec, el 10 de Enero de 1860, los juchitecos que tan espontáneamente se batían en sus terrenos, se amotinaron queriendo tornar á sus lugares. Porfirio refrenó con su energía aquella sublevación, y haciendo cambiar de rumbo á su columna se dirigió hacia Tlaxcolula, de donde según las órdenes que había recibido, debía encontrarse la brigada de Díaz Ordaz.

Pero dificultades no previstas ó error en los cálculos, originaron que la fuerza republicana se hallara todavía á gran distancia, y Porfirio sólo tropezó con el mismo Cobos que le salió al encuentro en Mitla con más de mil hombres de las tres armas perfectamente disciplinados.

El Coronel Díaz se preparó á un combate inevitable, y recibió el primer choque; pero al segundo los juchitecos, valientes pero indisciplinados, fueron arrojados de su posición y se dispersaron.

Porfirio entonces con la fuerza que le quedaba, y que era menor de cien hombres, quiso hacer un esfuerzo desesperado: se arrojó sobre las posiciones que había perdido y las recobró, apoderándose de la artillería enemiga; pero sin artilleros con que servirla, con una fuerza tan reducida como la que tenía mientras que el resto huía en derrota, se vio obligado á retirarse después de destruir los montajes, romper los ejes y quitar los tornillos de puntería de las piezas que había tomado y que no podía llevar consigo.

Este desgraciado encuentro tuvo lugar el 21 de Enero del mismo año de 1860.

Y cuatro días después Cobos era derrotado en Santo Domingo del Valle por las fuerzas de Oaxaca, aunque esta victoria costó muy cara á los republicanos, pues á los primeros tiros cayó muerto el esclarecido patrota Díaz Ordaz, encargándose el mando al Coronel Cristóbal Salinas.

Pero éste en lugar de aprovecharse de su triunfo marchando rápidamente y por el camino más corto sobre la capital y el Estado, tomó la falda de la Sierra, avanzando con tanta dificultad que para recorrer diez leguas se emplearon cuatro días.

Por fin llegaron los constitucionalistas á Tlaxitac, dos leguas al Norte de Oaxaca, á donde se les incorporó Porfirio con la poca fuerza que salvó en el encuentro de Mitla.

En tanto los reaccionarios, que después de la acción de Santo Domingo del Valle pensaban abandonar la ciudad, repuestos de su terror levantaron rápidamente nuevas fuerza y acopiaron cuantos elementos les fué posible para defensa.

Por el contrario, en el campo de los constitucionalistas, establecido en Tlaxitac reinaba alguna

división, que impidió todavía más que se aprovechara la victoria anterior. Entre el Coronel Salinas encargado del mando militar y el Licenciado Márcos Pérez, que desempeñaba el gobierno como Presidente de la Corte de Justicia por la muerte del Gobernador Díaz Ordaz, había un completo desacuerdo: la autoridad política creía que la militar no se subordinaba lo suficiente, y juzgaba ésta no encontraba en aquella todo el apoyo que era preciso.

Llegó á tal grado éste antagonismo, que el Gobernador interino nombró Jefe de las fuerzas á Porfirio Díaz, ordenándole que redujese á prisión á Salinas y lo remitiese á Ixtlán bajo segura custodia,

Comprendiendo Porfirio que serían muy desastrosos los resultados de tamaña medida, provocando divisiones entre los Jefes y los soldados frente al enemigo, no ejecutó aquella orden, y logró persuadir al Señor Pérez que era preciso revocarla, consiguiendo conciliar los ánimos, disponiéndolos al cumplimiento de los deberes contraídos con la patria.

Porfirio que ejercía una influencia absoluta sobre los soldados, que había prestado distinguidísimos servicios á la causa de la libertad, tenía indisputables títulos para ejercer el mando en Jefe de aquellas fuerzas, y hubiera sido elevado á tan alto grado con el aplauso unánime de sus compañeros de armas. Pero en aquella alma honrada no cabía más ambición que la de la gloria y el acatamiento á la ley.

Afortunadamente tuvieron término aquellas disidencias con haber tomado las tropas republicanas una enérgica iniciativa marchando sobre Oaxaca.

En efecto, los liberales levantaron el campo de Tlalixtác y marcharon sobre la ciudad ocupando el poniente de ella, y tomando el cerro de la Soledad. Porfirio Díaz fue encargado de esta operación, y á pesar de la tenaz resistencia de los reaccionarios sucesivamente fué ocupando parte de la ciudad, estableciendo al fin su primera línea del cerco tan avanzada, que sólo distaba del enemigo el ancho de la calle, conservando esta posición valientemente.

Por desgracia en estos momentos vino de Veracruz la orden de que no se intentara operación alguna sobre la ciudad de una manera formal hasta que llegara el General Rosas Landa, nombrado en Jefe de aquellas fuerzas, y el cual, con su carácter de Jefe dió esa orden desde Veracruz.

Nada tan desastroso como aquella elección, Rosas Landa que desconocía la clase de gente con que iba á operar, que ignoraba los elementos de que podía disponer y que era enteramente extraño á las necesidades y aspiraciones de aquellos heroicos soldados, no supo formar desarrollar un plan perfecto de ataque. Siempre vacilante, indeciso y careciendo de iniciativa, perdió tres meses en operaciones inútiles, lastimó á los Jefes que militaban á sus órdenes, y se

enagenó las simpatías de las tropas sacrificadas torpemente ante un enemigo á quien estaban acostumbradas á vencer.

No hacemos aquí la historia de aquella campaña, y no podemos por tanto detenernos en los incidentes que provocaron el cansancio en el campo republicano. Basta decir que Rosas Landa, después de haber sufrido grandes pérdidas se vió obligado á levantar el sitio, retirándose rápidamente á la sierra.

Tan imprudente retirada fue desastrosísima para los constitucionalistas que quedaban reducidos á mil hombres, cuando al levantarse el campo constaba aquel cuerpo de ejército de dos mil quinientos hombres.

Forzoso nos es contar el fin de aquel episodio militar, en el cual todas las ventajas fueron de los reaccionarios, tan sólo por la impericia del General en Jefe enviado por el Gobierno general.

Los mil hombres que quedaron, se habían dispersado tomando varios rumbos. El grupo principal acampó en Teococuilco: allí se encontraban Rosas Landa y los principales Jefes como Díaz y Salinas.

Un día, á las once de la mañana, se supo que el enemigo se acercaba al pueblo estando muy próxima la avanzada. El pánico se extendió en el acto por toda la población y los habitantes, aterrados, abandonaron sus hogares temiendo las represalias de los reaccionarios.

Los soldados corrieron en desorden á sus cuarteles y tomaron las armas bajo las órdenes de Díaz y Salinas que, serenos y resueltos, se disponían al combate.

Sólo el General Rosas Landa creyó conveniente en aquellos momentos marchar para Veracruz, en pos de recursos é instrucciones.

Entregó el mando de la fuerza al Coronel Salinas, á pesar de las enérgicas protestas que le hicieron éste Jefe, Porfirio y el Teniente Coronel Cajiga. Pero nada escuchó Rosas Landa y salió á escape del pueblo, llevándose su escolta y algunos Oficiales que personalmente le eran adictos.

Volvieron á quedar al frente de la situación los dos caudillos que tanto habían trabajado por la causa de la libertad. Veamos como recobraron cuanto se había perdido, hasta volver á ocupar la ciudad de Oaxaca.

El Señor Juárez creyó entonces que debía utilizar en una esfera más amplia á aquel intrépido militar, y dispuso que marchase como Mayor de órdenes de la brigada que se hizo salir de Oaxaca para operar en el centro del país, donde iban á tener lugar las acciones últimas y decisivas que debían librarse entre la reacción y la república.

Después de penosísimas marchas, la brigada de Oaxaca se unió á la división del General Ampudia, de la cual formó parte hasta después de la batalla de Calpulalpam, donde González Ortega dió el golpe de gracia á la reacción. Pasada la ocupación de la capital la brigada de Oaxaca regresó á su Estado en Enero de 1861.

Convocado el país á elecciones generales para constituir los tres poderes, Legislativo, Judicial y Ejecutivo, Porfirio Díaz fué electo por Oaxaca diputado al Congreso de la Unión, por cuya causa se separó del mando de sus tropas, viniendo á desempeñar su encargo.

Hasta aquí el primer período de la carrera militar y política del Señor Díaz, período que puede llamarse de iniciación, y durante el cual reveló las altas dotes que más tarde lo presentaron como el caudillo más estimado y más popular de los Jefes republicanos.

Educado en la escuela de los hombres prominentes de la República, como Juárez, Ocampo y Zaragoza, fué el digno imitador de sus virtudes cívicas, dando siempre muestras indudables de su lealtad, de su valor y su adhesión á las instituciones.

En la lucha que iba á sostener el país para salvar más que los principios de libertad y reforma, la Autonomía Nacional, Porfirio iba á descollar en primer término, hasta llegar á conquistar un renombre europeo y el alto puesto con que México ha premiado sus servicios.

Vamos á seguir esta segunda parte de la historia del campeón de la democracia y de la independencia por más árdua que la empresa sea, porque al recorrer las acciones militares del Señor Díaz tenemos que invadir algo la historia contemporánea de México, que sólo debía ocupar mejores plumas y no la nuestra, que en vez de las galas literarias sólo está inspirada por el espíritu militar y por la más justificada imparcialidad en sus apreciaciones.

Restaurada la República, organizados los Poderes Constitucionales de la Unión y de los Estados, y vencidos hasta su completa destrucción los ejércitos de Zuloaga, Miramón y Márquez, parecía que la paz iba á restablecerse completamente.

Pero, por el contrario, la guerra intestina se reanudó más, fomentada por el clero que tenía esperanzas de un triunfo completo, con el apoyo que se prometía del extranjero.

En efecto, el directorio conservador y los príncipes de la iglesia se agitaban sin cesar en las cortes europeas solicitando una intervención armada para salvar sus fueros y sus intereses, aun á costa de la Independencia de México.

Fuerte el clero con la esperanza de una invasión,

y apoyado por la complicidad de los ministros extranjeros residentes en la capital, se propuso sostener la lucha contra el partido republicano vencedor, oponiéndole, no ya las tropas organizadas vencidas en Calpulalpam, sino hordas de bandidos que armó en toda la extensión del territorio.

Comenzó entonces la guerra de guerrillas, la más asoladora de las que puede presentar la guerra civil, y no hubo pueblo seguro, ni camino que pudiera cruzar el viajero sin ser robado y asesinado.

Zuloaga, el ex-presidente de los reaccionarios, apareció entonces recogiendo el puesto que había abandonado Miramón en su fuga, y en torno de aquel se agruparon los principales Jefes del partido conservador, que se ocultaron después de la derrota de éste en Calpulalpam.

Pronto se reunieron muchas gavillas, sobre todo las que expedicionaban en el Valle, formando casi un cuerpo de ejército de cuatro mil hombres. Al frente de estas fuerzas se hallaba el tristemente célebre Don Leonardo Márquez, militar audaz y entendido, á pesar de que entre sus cualidades de soldado enérgico descollaban los intintos del verdugo.

El héroe de Tacubaya comenzó en aquella época una serie de correrías en las cuales asoló poblaciones robó á los pueblos y las haciendas y asesinó á cuantos sospechaba fueran liberales, sembrando por todas partes la desolación.

El Gobierno Constitucional organizó en Junio de 1861 una división que saliera en persecución de los bandidos, á las órdenes del General González Ortega. Pero Márquez, que sintió la combinación proyectada para darle alcance y que por sus partidarios en la capital sabía el plan de la campaña que contra él iba á hacerse, retrocedió violentamente, y tomando un rumbo distinto, marchó sobre la capital que sabía estaba desguarnecida, creyendo que podría ocuparla. En efecto, el día 24 de Junio en la tarde se presentó Márquez en la Calzada de la Tlaxpana, cuando nadie podía aguardar aquel ataque, y el Gobierno ignoraba la proximidad del enemigo.

Los reaccionarios arrollaron una pequeña fuerza que estaba destacada en la garita y avanzaron por la Calzada de San Cosme penetrando á las primeras calles de la ciudad.

Al saberse en Palacio lo que pasaba, el Sr. Juárez dictó violentamente algunas órdenes, enviando al General Mejía á San Fernando, donde estaba alojada la brigada de Oaxaca que éste Jefe mandaba.

Porfirio Díaz en aquellos momentos ocupaba su asiento en el Congreso, que estaba en sesión. Al saber el joven soldado lo que ocurría, pidió permiso al Presidente del Cuerpo Legislativo para salir del salón.

Rápidamente se dirigió al Convento de San Fernando, donde se alojaban las fuerzas de Oaxaca, pre-